

V. Blasco Ibáñez  
Polonia mártir  
(*El Censor*, 16-2-1908; *El Pueblo*, 24-2-1908; *La Gaceta de Guadalajara*  
[México], 3-5-1908)

Enrique Sienkiewicz, el famoso autor de *¿Quo vadis?*, me ha enviado una carta semejante a la que envió a Alfredo Vicenti, ya publicada por *El Liberal*, pidiéndome que en los diarios de España y América hable en favor de Polonia mártir, protestando de la expoliación que intenta el gobierno alemán. Obra de justicia es esta protesta, en la que han tomado parte todos los escritores y hombres de ciencia de Europa.

El canciller Bulow, al pretender despojar de sus tierras a los habitantes de la Polonia alemana para darlas a los súbditos prusianos, intenta simplemente suprimir una patria, asesinar una nación. ¿Es esto posible?...

No; las naciones que tienen un pasado glorioso no pueden morir. Los servicios que llevan prestados al género humano las hacen inmortales. Ha transcurrido más de un siglo desde que Polonia dejó de existir políticamente. Murieron para siempre los reyes polacos y aquellas repúblicas nobiliarias, fugaces y revoltosas que pretendían resucitar el antiguo organismo nacional. Tres rapaces naciones se repartieron los despojos de la gran muerte, lo mismo que los sayones al pie de la cruz; y, sin embargo, Polonia vive, y sus hijos, sean alemanes, rusos o austríacos, conservan el alma de su pueblo y la difunden por el mundo, siguiendo las corrientes de emigración.

Equivale a un gran crimen la indiferencia con que miró Europa la suerte de este pueblo caballeresco.

Si el centro de Europa conserva su carácter occidental y ha podido desarrollar tranquilamente su civilización, lo debe al polaco, centinela abnegado, que por dos veces la salvó de la invasión de tártaros y turcos.

«Polonia — dice el elocuente Michelet— se puso delante de Europa, cubriéndola con su cuerpo, y salvó a la humanidad. Para que las mujeres de Francia y de Alemania pudiesen hilar tranquilamente su rueca, era necesario que el polaco permaneciese toda su vida de centinela, velando, sable en mano, a dos pasos de los bárbaros. ¡Desgraciado de él si llegaba a dormirse! Su cuerpo permanecía en su puesto; pero la cabeza iba a parar al campo turco.»

Esta nación, caballeresca y providencial, ha sido de trágicos destinos. Su nombre queda como un sinónimo de opresión y desmembramiento.

Durante el pasado siglo los poetas han cantado los dolores y las esperanzas de este pueblo infeliz, maldiciendo al tirano ruso, como si la Rusia fuese únicamente la opresora de Polonia. Hoy, de las tres fracciones en que se halla dividido el pueblo polaco, es la rusa la más libre y tranquila. Sus intentos de rebelión han servido para proporcionarla ese respeto hijo del miedo. Los siete millones de polacos rusos representan una de las fuerzas más valiosas e influyentes del vasto imperio.

Los tres millones y medio de polacos sometidos a Austria han obtenido un régimen libre, y Cracovia, su metrópoli, es el centro intelectual de toda la Polonia fraccionada.

Los más desgraciados de todos son los dos millones de polacos sometidos a Alemania, que viven en Posen y en las provincias orientales de Prusia. En estos tiempos de arbitrajes humanitarios y conferencias de la paz, gravita sobre ellos el mismo régimen de destrucción, fría y sistemática, que suprimía al vencido en otros siglos.

La civilizada Alemania no se cree bastante dueña del país, al ser obedecida por estos polacos mansos, que jamás se han sublevado contra ella, como sus compatriotas se sublevaron contra Rusia. No se contenta con dominar a las gentes, quiere también el suelo, y ha emprendido la tarea de «desnaturalizar» como ella dice, la tierra polaca. Más de cuatrocientos millones tiene destinados a esta empresa; dinero que no es solo de Prusia, pues, al extraerlo del tesoro nacional, resulta que es también de los polacos, los cuales contribuyen a su propia ruina al pagar los impuestos.

El propósito del gobierno alemán es adquirir todos los bienes de los propietarios polacos para venderlos únicamente a compradores alemanes. Así que una tierra se pone a la venta (y el gobierno por toda clase de medios impulsa a ello a los propietarios), la absorbe el «fondo de compras» creado por Alemania.

Es inútil que los patriotas polacos ofrezcan un precio superior. Esas autoridades de la Polonia alemana tienen sus órdenes y las obedecen con rigidez militar.

—Antes vender por un céntimo a un alemán que por un millón de marcos a un polaco —dicen los representantes del pensamiento de Berlín.

Y a este despojo de todo un pueblo, realizado con fría crueldad, únese la bárbara violencia de los apóstoles de Alemania para consumir la «desnacionalización» polaca entre la niñez. En la escuela de Vrezno los maestros alemanes apalean a los niños porque se niegan a recitar el catecismo en alemán. En Gierzow veinte madres de familia son condenadas a presidio porque se unen a sus hijos en esta protesta y defienden el idioma de su patria. El garrote y el látigo se emplean en las escuelas contra los niños

de siete a doce años, para que olviden el polaco. Una viuda, enferma, madre de siete muchachos, de los cuales cinco son heridos por el maestro alemán, es condenada a dos años y medio de prisión, porque protesta contra tales crímenes.

Enrique Sienkiewicz, el gran escritor polaco, indignado por los sufrimientos de sus compatriotas dependientes de Alemania, toma la pluma y denuncia al mundo el robo de la tierra y el martirio de las criaturas. Todos los polacos se unen a esta protesta. Cracovia y Varsovia hacen causa común con los polacos de Posen.

Alemania no se contenta con expropiar y comprar a viva fuerza a los propietarios polacos. Les prohíbe, además, construir casa alguna en sus tierras. Los que aún poseen campos pueden cultivarlos; pero la casa que habitan debe ser propiedad de un alemán. Esto obliga a miles de patriotas a vivir en carreteras y tiendas, como aduares de gitanos, yendo de un lado a otro, molestados y perseguidos por la policía.

¿Conseguirá Bulow esta «desnacionalización» absurda, que parece de otros siglos?... La opinión de Europa entera protesta contra el crimen, frío y metódico, que ni siquiera ofrece la excusa del apasionamiento y la precipitación. En el mismo Reichstag acaba de encontrar el canciller una empeñada resistencia, volviendo su proyecto de despojo al estudio de las comisiones.

Polonia, que no es ya una nación homogénea, y que carece de ejércitos para hacerse respetar, ha apelado a todos los medios de resistencia. Los polacos de Varsovia, fuertes comerciantes, que además dirigen una veintena de grandes bancos, han declarado el *boycottage* para todas las mercancías procedentes de Alemania, mientras sus hermanos de Posen sean despojados y atropellados, rehusando, además, todo encargo que venga fechado de cualquiera población germánica. En las ciudades, las compañías de electricidad, se niegan a dar luz a las casas alemanas. Los polacos, grandes emigrantes, esparcidos en todo el mundo, se reúnen para esta resistencia, y en la América del Norte el *boycottage* pesa mortalmente sobre la mercadería alemana.

El comercio germánico empieza a sufrir mucho con esta justa venganza.

Los polacos, que perecieron como nación por sus discordias y banderías, muestran ahora una patriótica unanimidad. La desgracia viene a disciplinarlos, después de siglo y medio de desmembramiento.

Las persecuciones hacen renacer el alma del país. Murió Polonia; pero aún vive fuerte y poderosa la patria polaca, Europa vuelve sus ojos a ella para protestar indignada de su martirio, para pedir que triunfe la Justicia.